LA FORMACIÓN DE LA ALAMEDA DE SAN ANTONIO DE ÁVILA

The Formation of the 'Alameda' of San Antonio (Ávila, Spain)

NIETO CALDEIRO, Sonsoles

RESUMEN

Aunque la Alameda de San Antonio y alguna de sus fuentes artísticas han sido objeto de estudio por varios historiadores del arte, se desconocía prácticamente todo sobre ella. En este artículo, se ofrecen datos inéditos de su creación en el siglo XVI, dentro del contexto social y artístico de la ciudad de entonces: cuándo se encomendó su formación, quiénes intervinieron en ella (tracistas, operarios, comisarios), cómo se efectuaron los trabajos y cuánto y cómo se pagó por su establecimiento. Con esta información, podemos incorporar la historia de esta alameda a la de otros ejemplares que surgieron en la Edad Moderna y realzar su trascendencia en ese contexto.

PALABRAS CLAVE

Alamedas, Arte del XVI, Moriscos, Ávila.

ABSTRACT

Although the 'Alameda' of San Antonio (Ávila, Spain), and some of its artistic sources have been studied by several art historians, almost everything on this matter remained unknown. In this article, unpublished data of its creation in the sixteenth century are offered, within the social and artistic context of the city at that time: when its formation was entrusted, who intervened in it (designers,

operators, curators), how the works were carried out, how much it cost and how was its establishment paid. With this information, we can incorporate the history of this boulevard to that of other specimens that emerged in Modern Age and enhance its significance in that context.

KEYWORDS

'Alamedas', 16th Century Art, Moorish Ávila.

1. LA ALAMEDA EN SU CONTEXTO

Aunque las alamedas conformaron ya desde la Antigüedad clásica lugares públicos de esparcimiento, bien con significación religiosa o al servicio de proyectos funcionales, como puede ser la contención de riberas de ríos y arroyos, no fue hasta la Edad Moderna que se consolidaron como tipología diferenciada de jardín público en la ciudad. Como tales, se ornaron con fuentes artísticas que dispensaban el frescor, el asueto y el atractivo propios de unos parajes de recreo que, en muchas ocasiones, actuaron de nexo entre el entorno rural y el urbano.

Favorecieron ese proceso los avances técnicos e hidráulicos de los ingenieros civiles del bajomedievo; y, de manera especial, la revalorización de la naturaleza, el interés por el planeamiento urbanístico, por el aseo y la salubridad de las ciudades, así como por el bienestar de los ciudadanos, que desarrolló el Renacimiento. Y, desde luego, el impulso dado por los primeros Austrias españoles.

Tras su visita a La Haya en 1536, como emperador ya del Sacro Imperio Romano Germánico, Carlos V patrocinó las avenidas arboladas de Lange Voorhout y su perpendicular Korte Voorhout, de esa ciudad holandesa, disponiendo cuatro hileras de tilos a lo largo de cada una. La primera calle desembocaba en la Kloosterkerk, iglesia de dominicos rematada en el siglo anterior. Este hecho, como señala Laurent Paya (2014: 3), posee un significado simbólico, independientemente de su dimensión estética y social, de reafirmación del poder imperial católico.

Felipe II emprendió en España y en Hispanoamérica la creación y buen exorno de estas alamedas, en cuya formación e incremento intervino muy directamente¹ hasta convertirlas en elementos imprescindibles de nuestras

¹ Mencionaré solo dos ejemplos de su absoluta implicación en la formación de estos espacios. En primer lugar, su intervención en el proyecto de ordenación de una larga avenida arbolada con monumentales fuentes en el Prado de San Jerónimo de Madrid en 1570, con motivo de la entrada triunfal de Ana de Austria, quien fuera su cuarta esposa, en la capital. Esa actuación fue el germen del extenso Paseo ilustrado del Prado que abarcó desde el de los Agustinos Recoletos hasta Atocha. En segundo lugar, su contribución al establecimiento de la sevillana Alameda de Hércules que,

ciudades, como ordenadas y pulcras entradas y espacios públicos destinados al paseo y recreación de los ciudadanos.

Con anterioridad a estas primeras alamedas de promoción real, a comienzos del siglo XVI, los corregidores y los concejos, satisfaciendo las misivas de sus majestades, la reina Juana y el rey Carlos, establecieron arboledas en las ciudades a lo largo de los ríos como consolidación de sus márgenes, pero también para formar entornos atractivos. La determinación al respecto de Felipe II contagió a los Ayuntamientos de manera que, por iniciativa concejil, en el último tercio del siglo, aquellas arboledas se convirtieron en el germen de hermosas alamedas o bien se trazaron de nueva planta².

Así ocurrió en la capital abulense que, durante este siglo XVI, gozó de su mayor periodo de esplendor (a pesar de momentos deprimidos por circunstancias adversas). La ciudad ya contaba desde 1487 con unas ordenanzas generales de gran alcance, que contribuyeron al aumento de la actividad económica y al progreso urbanístico, transformando su fisonomía. Se procedió a la renovación de algunas puertas de la Muralla, al arreglo de las dos plazas principales y a la edificación de la primera Casa Consistorial en una de ellas (Mercado Chico). Se emprendió la traída de aguas desde las Hervencias por lo que se construyó un acueducto³; se repararon las fuentes públicas, instalándose otras nuevas⁴; y se acometieron obras de empedrado y de alcantarillado.

inaugurada en 1574, se planeó a raíz de la estancia de Felipe II en esta ciudad en 1570. El profesor Antonio Albardonedo (1998:141) recoge al respecto la información que el notario apostólico Francisco de Sigüenza proporcionó en 1579 (en *Traslación de la imagen de Nuestra Señora de los Reyes y cuerpo de San Leandro y de los cuerpos reales a la Real Capilla de la Santa Iglesia de Sevilla*) sobre el origen de dicha alameda que involucraba al rey: «y más ilustre por haber su magestad –seqún se tiene por cierto– dado orden y enviado la traca de ella [...]».

² Excelente muestra del esfuerzo municipal la hallamos en Segovia. En 1573, se amplió y adornó una incipiente alameda, plantada años antes junto al río Eresma para la contención de sus aguas, que unía los monasterios de Nuestra Señora de los Huertos y de Santa María del Parral. Ruiz Hernando (1982: 132) recoge literalmente la decisión y objetivos del Concejo: «En este Ayuntamiento se acordo que por quanto la çibdad tiene falta de salidos y reparar las riberas del río que con las crezientes no ynvada los caminos con quien confina ni ynunden las heredades con las creçientes y las hagan daño y se haga un paso unibersal de quede más aprobechamiento público, adorne aquella gran campaña que esta entre la puente de los Güertos hasta el monasterio y desde el molino de las Armas asta confinar con las paredes del Parral, y así se haga hornato grande de çibdad que se plante por entre amas partes la ribera y todo lo demás que allí queda desocupado».

³ En el proceso de canalización del agua desde las fuentes de las Hervencias hasta las del centro de la ciudad, asunto que ocasionó un pleito con Nuño González del Águila y Gonzalo Briceño, intervinieron Juan de Secadura y Pedro de Viniegra, que se comprometieron a hacer esa obra por 48 529 reales. El primero, segoviano, maestro de cantería y fontanero de esa capital, al que se debió la restauración de los treinta y dos arcos de su acueducto, emitió un informe completo de dónde habría de partir y el recorrido del nuevo sistema de guiamiento de las aguas. El proceso de conducción de estas hasta los arcos o acueducto de Santa Ana se remató en los años centrales del siglo, siendo corregidor Antonio de Vega.

⁴ Es reseñable aquí el proyecto de Secadura, de 1510, de la vistosa fuente que habría de ir junto a la Casa Consistorial, con la figura ornamental de una cierva tendida de la que salían chorros de agua por los oídos y las ijadas.

Sonsoles Nieto Caldeiro

Además, a comienzos del siglo, el arbolado se incorporó al paisaje de la ciudad, aunque fuera a extramuros. Justo al mes de ser recibido como corregidor Bernal de la Mata⁵, se acordó el 16 de agosto de 1516 «que se ponga en la ribera del Adaja y del Grajalejo [...] alamedas e sauzes e álamos blancos e negros conforme a la carta de sus altezas» (Martín García, 2009: 167), dentro de la política de reforestación fomentada por la reina Juana y su hijo Carlos. Aún en octubre y en noviembre el concejo mandó plantar «fasta quynse o veynte mil pies de álamos e fresnos e sauses e sausetillas e otras alamedas en las riberas del Adaja e del Grajal por amas partes de dichos ríos» (Martín García, 2009: 176)⁶.

No obstante, no fue esta plantación el origen de la Arboleda de San Antonio, la primera alameda abulense y una de las primeras establecidas en España. Su formación en 1581 no tuvo que ver con la consolidación de las riberas fluviales, sino con otros objetivos que ya habían estado en la planificación de estos paseos arbolados por parte de Carlos V y de Felipe II: la demarcación y adorno de un camino que conducía a un convento o edificio religioso extramuros, mejorando así su comunicación con la ciudad; el establecimiento de un acceso decoroso y estético; y la creación de un paseo arbolado para el solaz de la población.

Por contextualizar la plantación de la flamante alameda, se hace necesario aportar una somera referencia demográfica. El censo del reino, de 1570, atribuía a Ávila 3150 vecinos (hogares), que podían concretarse en algo más de 15 700 habitantes, una cifra que se mantuvo aproximadamente en 1587, según el Censo de los Obispos ordenado por Felipe II. Tres años después, la cifra de vecinos se redujo en unos trescientos, lo que supuso un descenso hasta los 14 130 habitantes (Tapia, 1984)⁷. El censo de 1570 asignaba 2550 pecheros, contabilizando el resto como hidalgos y clérigos que, por supuesto, estaban exentos de tributar, una exención concedida ya por Alfonso X. No voy a detenerme en una materia que Serafín de Tapia ha desarrollado extensamente, pero sí he de reiterar dos aspectos sustanciales que este y otros investigadores han tratado. El primero, la existencia del nutrido asentamiento en la ciudad de judíos y moriscos, este último grupo acrecentado con la llegada de nuevos correligionarios granadinos

⁵ Corregidor entre 1516 y 1518, desarrolló una encomiable labor en la ciudad en tan escaso tiempo, de la que destaco el establecimiento del archivo municipal y la fijación del nuevo escudo, con el cimorro de la Catedral.

⁶ El autor transcribe el texto redactado en las actas consistoriales de 16 de agosto y de 18 de octubre de ese año. En la sesión de 15 de noviembre se reiteraba el mandato de la plantación, que se efectuó al siguiente año.

⁷ Cifras que figuran en documentos del Archivo de Simancas que han ido proporcionando diferentes historiadores, Madoz, Modesto Ulloa, los hispanistas Bartolomé Bennassar y Henry Kamen, J. Belmonte Díaz, Ferrer García y muy especialmente Serafín de Tapia, que ha hecho de este asunto uno de los núcleos de su labor investigadora. Para esta noticia se ha utilizado la información tomada del artículo de este historiador, publicado en *Cuadernos Abulenses* en 1984, extracto de su tesis de licenciatura.

tras la rebelión de las Alpujarras. Todos ellos pagaban impuestos, en ocasiones, de más. El segundo, cómo la nobleza se encargaba (lo hizo desde antiguo) de las gestiones y fiscalización del Concejo, ocupando las regidurías municipales.

Resulta ineludible subrayar, además, y acudo aquí al estudio de Abelardo Merino (1926) sobre la sociedad abulense del XVI, cómo entre los nobles la religión (por supuesto, la católica) representaba el primero y más potente de los ideales. Invirtieron sus riquezas en palacios y en obras piadosas y fundaciones religiosas. No cabe duda de que actuarían movidos por la fe y el fervor, pero también buscaban el prestigio y la ostentación. En la creación, restauración y engrandecimiento de capillas y templos no era ajeno el deseo de perennidad⁸.

2. LA CREACIÓN DE LA ALAMEDA DE SAN ANTONIO

Entramos en la materia medular de este estudio tomando prestado un amplio párrafo del historiador decimonónico José María Quadrado ([1884] 1999).

Hijo de Suero del Águila, integrante de uno de los linajes típicos abulenses,

y último vástago de su estirpe fue Rodrigo del Águila, mayordomo de la emperatriz doña María, el cual fundó hacia 1583 un convento de Franciscos Recoletos con el título de San Antonio, y al fallecer en 1608 recibió sepultura en la capilla mayor al lado de su mujer, doña María de Tapia. La reducida iglesia nada ofrece de notable sino la capilla de Nuestra Señora de la Portería, que la iguala en capacidad; pero deleita por extremo su situación en el fondo de umbrías alamedas a la salida del arrabal de levante. Plantáronse al tiempo o tal vez antes de construir el edificio, demostrando con su vigor y espesura la multitud de generaciones que han acudido a solazarse en ellas, y el dragón que adorna una de sus fuentes, labrado en enorme pedrusco, se envanece de haber excitado la admiración de Felipe III y de su corte, con los siete chorros altísimos que por fauces y cola despedía⁹.

Besgrana el autor algún ejemplo que recojo de las páginas 80 y 81 de su texto: «[...] a los Guillamas no les basta con atender a las Concepcionistas de cerca de San Francisco y edifican en San José la capilla de sus sepulcros; los Bracamontes cuidan de la fundación magnífica llamada de Mosén Rubí; los Velas reedifican, casi, Santo Domingo; Sancho Dávila cambia por completo el aspecto de San Juan; D. Suero del Águila deja en su testamento aquella cláusula por la que vienen entre nosotros los Jerónimos; otros Águilas erigen residencia a las monjas de San Agustín, y Rodrigo del Águila levanta San Antonio; los Valderrábanos ponen su escudo en el ábside de Santiago; los Serranos cuidan de la morada de las dominicas en Santa Catalina; los Velázquez de la Torre fijan su blasón en la Magdalena, y le fijan por algo [...]. En la iglesia hallan todos su aspiración última y sus sepulturas, y se precipitan a hacer enterramientos, llenando de inscripciones las losas u ocupando naves enteras».

⁹ El párrafo consta en el capítulo IV del apartado de su libro dedicado a Ávila. Más adelante, en el capítulo V, insistía «la fresca y deliciosa Arboleda de San Antonio, que con sus oscuras calles y glorietas, con su famosa fuente del dragón y con el convento que a su extremo se levanta, brotó del árido suelo por una inspiración tan poética como piadosa del noble Rodrigo del Águila a fines del siglo XVI».

Sonsoles Nieto Caldeiro

Rodrigo del Águila, además de mayordomo de la emperatriz doña María de Austria, era caballero de la Orden de Santiago y regidor de Madrid. Muy devoto de San Antonio de Padua, fundó este convento para los franciscanos descalzos de la reforma de San Pedro de Alcántara. Los había alojado primeramente en un predio de su propiedad en el lugar de La Serrada, a escasos kilómetros de Ávila, hasta que adquirió en 1576 con ese fin unos terrenos con casa a las afueras de la ciudad, en su parte este, donde se instalaron los primeros franciscos (Cianca [1595] 1993: 135; San Antonio, 1728: 260; Moreno, 2017: 1085)¹⁰. Tres años después, comenzaron las obras del monasterio definitivo en esa propiedad, dándose por concluidas en 1583, fecha en la que se establecieron los frailes restantes de la Orden. No obstante, los trabajos continuaron a lo largo del siglo XVII.

Los testimonios de Antonio de Cianca (1595) y del padre Luis Ariz (1607), muy próximos al acontecimiento referido, dan fe de la plantación de la frondosa arboleda adornada con fuentes que surgió paralelamente a la construcción del edificio:

Para adornar este monesterio y hazer por aquella parte una buena salida, la ciudad desde lo último della hasta el mismo monesterio hizo una muy hermosa alameda, y unas muy buenas y bien labradas fuentes [...] con lo qual se ha hecho una alameda y salida de las buenas y agradables que tiene ciudad en España, la qual, y el monesterio es la frequentación de Ávila (Cianca [1595] 1999: 135-136).

La ciudad con sumo contento, y para que en tiempo de romerías fuese el camino mas apacible, tomó el cuidado de hallanarlo, plantando una hermosa floresta de arboleda, y diversidad de rosales. Y para mayor regalo de la Ciudad, se hizieron muy vistossas fuentes, con estanques, y remanentes, para su riego (Ariz [1607] 1978: 113).

Pero analicemos la plantación de la Arboleda de San Antonio desde los primeros datos hallados.

El 17 de enero de 1581, en reunión del Ayuntamiento, se encomendó a los regidores Gil de Villalba y Pedro Dávila del Águila la planta de árboles en los egidos de la ciudad, y más concretamente «poner el arboleda de Señor San Antonio y las riberas» 11. El último día de ese mes se confió a los administradores Diego de Veleta y Juan de las Peñuelas la plantación para los Descalzos,

La primera información sobre ello la proporcionó en fecha temprana Antonio Cianca, sin aportar dato del año. El fraile franciscano Juan de San Antonio señaló el año de 1577 como el de la entrada en Ávila de los religiosos franciscos. Recientemente, Raimundo Moreno ha analizado la creación, proceso constructivo e historia de este convento e iglesia recogiendo otros estudios y testimonios, como el del padre Pedro de la Asunción, que recopiló una completa información en *Libro de la fundación del convento*. El documento, de 1740, se conserva en el Archivo Histórico Nacional (Sección Clero, legajo 562), según cita el investigador en p. 1093.

¹¹ Archivo Histórico Provincial de Ávila (AHPAv), Protocolo 40. Notario Pedro Téllez, 1590, fol. 487v. Archivo Municipal de Ávila (AMAv). AACC (Actas Consistoriales). Libro 16, 17 de enero de 1581.

cuyo convento se encontraba en construcción; y el 8 de febrero fueron designados comisarios de la Nueva Planta el entonces corregidor, Antonio de Valderas Lorenzana, y los regidores Francisco de Quiñones y los anteriormente nombrados. Asimismo, se encargó definitivamente a Juan de las Peñuelas, a la sazón mayordomo de los Propios de las Fuentes de la ciudad, que pagase los gastos que acarrease la arboleda de lo que cobraba de la alcabala del pan en grano que se vendía en el portal de la Alhóndiga¹². Es precisamente el desglose de pagos y libranzas, que quedó cerrado por Peñuelas ante el escribano público y secretario del Ayuntamiento Pedro Téllez en 1590, el valioso documento que nos ha servido para conocer las tareas encomendadas sucesivamente y trazar así la historia de la formación de la alameda, cuyo coste hasta ese año alcanzó los 487 241 maravedíes¹³.

Tras el encargo de la plantación, las gestiones se agilizaron de tal forma que, con anterioridad a los nombramientos, ya se mandó a dos peones cortar cuantos árboles fuesen necesarios en el soto de Albornillos; y el día 4 acudieron al lugar de los Descalzos el provisor del Obispado de Ávila, a su vez alcalde mayor de la ciudad, el doctor (o licenciado) Sebastián Brizuela y los señores Francisco de Quiñones y Pedro Dávila del Águila, acompañados por el pintor Gerónimo Dávila y el entallador Gerónimo Rodríguez a fin de reconocer la superficie, considerar la ubicación idónea, medirla y completar la traza. El sábado 18 de febrero, con el diseño realizado por Gerónimo Dávila, se reunieron allí de nuevo para señalar el sitio concreto según el proyecto y se resolvió comenzar la plantación ese mismo lunes. Lamentablemente, no se conserva, entre toda la documentación que informa de este proceso, el dibujo de la planta pero sí consta que Gerónimo Dávila cobró 3400 maravedíes por ocuparse del trazado; y Gerónimo Rodríguez 1088 maravedíes por su colaboración en la medición del terreno¹⁴.

2.1. Los artífices y la primera postura de árboles

Fueron estos dos artistas locales bastante activos en la ciudad y en la provincia, herederos, por parentesco o formación, de los grandes maestros que trabajaron en Ávila durante la primera mitad del XVI de los que aprendieron su técnica y tomaron influencias, seguramente a través del adiestramiento en sus talleres¹⁵. Conocemos ese aprendizaje por parte de Gerónimo Rodríguez, hijo del más importante escultor abulense del segundo cuarto del siglo, Juan

¹² AMAv. AACC, libro 16, 31 de enero y 8 de febrero de 1581.

¹³ AHPAv, Protocolo 40. Notario Pedro Téllez, 1590, fols. 484-514v.

Ibidem.

Sobre la consideración del oficio de pintor en Ávila, la falta de una regulación de la profesión y la inexistencia de gremios, contamos con el estudio realizado por Marta Pindado Tapia centrado en el periodo barroco (2016), un extracto de su tesis doctoral que, bajo el título *Los oficios de la pintura en la ciudad de Ávila durante los siglos XVII y XVIII*, presentó ese mismo año.

Rodríguez¹6, en cuyo taller se formó junto al que fuera su cuñado, Pedro de Salamanca. A su vez, era nieto por vía materna del también entallador Blas Hernández. Siguiendo las investigaciones de Parrado del Olmo (1981: 345-350 y 512-516), sabemos que este escultor desarrolló su labor en obras de cantería, como sobrestante, y se le cita en según qué trabajos como entallador (así se consideraba él) y como ensamblador. Se conoce su testamento, redactado en 1572 por encontrarse enfermo, aunque posteriormente acometió más encargos. Así, su firma está en el contrato del retablo de la capilla de D. Gaspar Juárez en el Monasterio del Carmen de Ávila, que le confió el prior fray Alonso de San Juan (Parrado, 1981: 516); y aún en 1595 se ocupó de la tasación, junto al también escultor abulense Andrés López (que ya entonces había tallado la fuente de La Sierpe), del retablo mayor y otras piezas de la iglesia de Candeleda¹7 (Vázquez, 2007: 291).

Gerónimo o Jerónimo Dávila desarrolló una amplia actividad en Ávila y provincia. Está documentada su autoría en la pintura de los ciriales y portapaces de la iglesia de Gotarrendura (Vázquez, 2018: 172) y en la de los retablos mayores de las iglesias de Lanzahíta (Vázquez, 2007: 296) y de Monsalupe, ambos tallados por Pedro de Salamanca. Colaboró con Diego de Rosales como tasador y como pintor y fue además el autor al que Teresa de Jesús encargó un fresco de un Cristo amarrado a la columna, según sus instrucciones, para una de las ermitas que ocupaban la huerta del convento de San José (Las Madres) de Ávila (Martín González, 1979: 352).

Ambos maestros habían trabajado, pues, para el Obispado en numerosas ocasiones y en diferentes poblaciones de la provincia; por tanto, muy vinculados al licenciado Sebastián Brizuela que debió recurrir a ellos directamente, de acuerdo con el Consistorio, para la formación de la alameda.

Como a raíz del acuerdo de la plantación todo se puso en marcha, desde comienzos de febrero se emprendió la adquisición de árboles en las proximidades de la ciudad con ese fin. Desde el día 2, se efectuó una considerable corta en el soto de Albornillos¹⁸, a pesar de los inconvenientes que generó

¹⁶ Escultor reconocido, seguidor en sus inicios de Vasco de la Zarza, fue uno de los grandes maestros abulenses de la primera mitad del siglo que dejaron su obra, entre otros encargos, en la Catedral de esta ciudad. Poseyó un importante taller con un nutrido grupo de oficiales y excelentes colaboradores, y destacó como empresario. A su muerte, tomó la dirección su yerno Pedro de Salamanca. Parrado del Olmo (1981 y 1984) ha estudiado su biografía y estilo.

Según la información proporcionada por Parrado del Olmo (1981: 343), Jerónimo Rodríguez tenía en 1543, año en el que su madre pidió ser curadora de él y de sus hermanos, entre 14 y 25 años. En esta fecha de la tasación en Candeleda había superado en más de una veintena la data de la enfermedad que le obligó a testar.

¹⁸ El soto o dehesa de Albornillos era uno de los tantos *términos redondos* que se generaron en la provincia. El despoblamiento de esa población fue provocado por Diego de Ayala que la adehesó y se la apropió junto a otras tierras limítrofes; así, se convirtió en Señor de Albornillos y Marlín. Obligado en 1532 por dictamen real a repoblarlo, no acató la sentencia y aún en 1579 Juan de Ayala pleiteaba alegando una supuesta revocación de dicha resolución (Lorenzo, 2002: 268).

la cantidad de nieve caída. El trabajo se encomendó a Cristóbal Fernández y Fabián Gutiérrez que acudieron con una carta del regidor Juan de Ayala, propietario de la dehesa. La tarea fue ardua. Estuvieron una semana cortando árboles, ayudados durante tres días por dos peones de Marlín. Al fin, Pedro del Gail el Zurdo, vecino de Ávila, se encargó de las catorce carretas que se necesitaron para el transporte de los álamos. Una vez en el sitio, estos se soterraron a fin de protegerlos de las heladas a la espera de su postura. Paralelamente, se abordó la traída del agua de Santa Ana hasta el lugar de la arboleda, de cuya tarea se hicieron cargo Rodrigo de la Torre, Bartolomé García, Cristóbal Hernández y otros dos trabajadores¹⁹.

El día 24 de febrero dio comienzo la plantación, en la que trabajaron durante esa jornada ciento cinco peones, número que se acrecentó a la siguiente semana, bajo la inspección de Gerónimo Dávila y Gerónimo Rodríguez, que atendían el seguimiento del trazado y las medidas. Un día después, estos firmaron la carta de pago junto al corregidor.

Se compraron estacas de encina, aderezos de azadón y cordel; se llevaron también árboles de los monasterios de San Francisco y de Santo Tomás; y se transportó gran cantidad de piedra. Los documentos²⁰ refieren una intensa actividad a lo largo de ese mes de febrero (y en los siguientes). Se detienen en acciones pormenorizadas, proporcionan nombres de los peones que intervienen en las tareas y describen las dificultades que hubo que soslayar, antes y durante los trabajos de plantación puesto que, aparte las circunstancias adversas iniciales, el lugar presentó en todo momento contratiempos gravosos. El terreno era muy abrupto, con abundante piedra nacediza, que era preciso allanar y, a su vez, se necesitó acarrear hasta allí otras piedras para encauzar y atajar el agua que se hizo llegar desde las Hervencias y otras partes, incluso para contener el arroyo o manantial de San Antonio que ponía en peligro por sus riadas lo plantado²¹.

La guarda y el riego de los álamos de la nueva Planta se concedió en ese primer momento, con fecha de 26 de febrero, al morisco Alonso de Valladolid, cristiano nuevo del reino de Granada, censado en Ávila. Estuvo avalado por otro morisco, Luis del Águila, tendero en la ciudad. El cometido a que se obligó contemplaba un salario de treinta ducados para una labor que le ocuparía desde entonces hasta el día de San Miguel de ese año, pagándosele el cincuenta por ciento de lo estipulado a la mitad del trabajo y el resto en la fecha

¹⁹ AHPAv, Protocolo 40. Notario Pedro Téllez, 1590, fols. 488v y 489.

²⁰ Remito al Protocolo 40, correspondiente a Pedro Téllez.

Se citan las doce carretadas de piedra que llevó el obrador Francisco Rodríguez para tajos a fin de guiar el agua, entre el mes de febrero y marzo, y a varios carreteros (Juan de la Serna, Bernabé Hernández y Francisco el Romo) que transportaron también este material con diversos fines; así como la adquisición de piedras a Pedro García, mayordomo de Sonsoles. Del mismo modo, para la contención de las aguas del hontanar, Pedro del Gail el Zurdo portó grandes piedras.

acordada²². No obstante, este hizo dejación de su cargo a mediados de mayo, muy posiblemente por enfermedad.

2.2. Los moriscos de Granada. Diego de Mata

La cuadrilla de trabajadores que aparecen citados en las labores de plantación de la alameda, comenzando por ese primer encargado de su guarda y conservación, la compusieron fundamentalmente moriscos, o cristianos nuevos, granadinos. A ellos correspondió la mayor parte de los trabajos: plantaciones, limpieza de suelo y caños, allanado, obras de estanques y de regaderas, canalizaciones y traídas de aqua, formación de valladares, etc.

Serafín de Tapia ha publicado numerosos estudios sobre la población morisca de Ávila, los mudéjares abulenses (que vinieron ya de antiquo) y los moriscos nuevos provenientes de Granada tras su expulsión a raíz de la segunda rebelión de las Alpujarras. A Ávila llegaron en diciembre de 1570 alrededor de novecientos, que fueron repartidos en su mayor parte por la provincia. aunque no tardaron en agruparse en la zona sur de la ciudad, sobre todo en los barrios de la Trinidad y San Nicolás, respaldados por los correligionarios antiquos (Tapia, 2017: 505). Estos últimos estaban totalmente integrados en la actividad económica de la ciudad, pero los nuevos, señala Serafín de Tapia (1984: 218-219), tendieron a acaparar los oficios asociados al avituallamiento de las localidades, hortelanos, tenderos, arrieros, aguadores, etc. Ya la ocupación inicial de los primeros mudéjares asentados en la ciudad fue la vinculada al cultivo de la tierra. A partir de la documentación hallada sobre la plantación de la Alameda de San Antonio, corroboramos su habilidad y diligencia en los oficios relacionados con los trabajos que esta requería. Y, a su vez, sumamos más nombres a los hasta ahora conocidos.

No es de extrañar esa pericia. El humanista alemán Hieronymus Münzer, en su visita a Granada en 1494, dejó testimonio de la cualificación de los moros de esta ciudad, que los Reyes Católicos apreciaron hasta el extremo de mantener esa mano de obra local en la conservación de los palacios y jardines nazaríes y de nombrar como alcaide de estos a un miembro de la familia Granada Venegas, de origen morisco. Felipe II, tras el decreto de expulsión, no tuvo miramientos hacia ellos, y ese exilio provocó el deterioro alarmante de huertas y jardines, tanto en lo concerniente a las plantaciones como a la infraestructura hidráulica. La situación llegó a tal punto que el entonces alcaide

La escritura de asiento y obligación de la guarda de la alameda por parte de Alonso de Valladolid fue firmada el 17 de marzo ante el escribano Pedro Téllez: AHPAv, Protocolo 32. Notario Pedro Téllez, fols. 1085-1086v. El 18 de marzo, la ciudad le entregó, para hacer mejor la guarda de la alameda, las condiciones de la misma y las penas para su conservación, redactadas, presentadas y firmadas por el regidor Francisco de Quiñones el 7 de ese mes: AMAv, AACC, libro 16, 18 de marzo de 1581. El folio de condiciones se conserva en AHPAv, Protocolo 32, Notario Pedro Téllez, fol. 1089.

del Generalife, Alonso de Granada Venegas, encargado de su conservación, dirigió en su nombre, acompañado de numerosos testimonios que aludían a esos estragos, un comunicado al rey el 29 de noviembre de 1570, alegando que esa no era posible sin «oficiales jardineros, barrenderos, cañeros y hortelanos» moriscos y exponiendo, en consecuencia, la necesidad de que estos permanecieran a cargo de esos trabajos:

[...] no hay hortelanos ni jardineros que cultiven ni beneficien las dichas huertas y jardines, que los cristianos viejos no las entienden y los que se han puesto las destruyen más, y por ello es necesario que los moriscos que las tenían vuelvan a hacerse cargo, jardineros y ortelanos que solían tener los dichos jardines y los cañeros que gobernaban las fuentes y encañados o otros de los moriscos ortelanos o jardineros y cañeros que avía en esta ciudad que fueron sacados se traigan a Generalife y a las demás huertas [...]» (Tito y Casares, 2010: 433).

En consecuencia, era razonable que una buena parte de los operarios contratados para la Planta de San Antonio tuviera esta procedencia.

Así, fue otro morisco granadino quien ocupó el cargo que había dejado vacante Alonso de Valladolid, Diego de Mata. Este es mencionado en protocolos y actas, desde principios de marzo, en los más variados trabajos, junto a Julián López, Marcos Mendoza (que en ocasiones se ocupaba del riego de la Planta) y doce, catorce o treinta y siete moriscos más, según las tareas, a los que Mata parece dirigir. A lo largo de ese mes, se sucedieron cometidos primordiales contratados a destajo: la construcción de un valladar (luego cubierto de zarzas) para impedir que el ganado entrase y estropease los árboles; la traída de aguas mediante regaderas desde las Hervencias v el arca del Borbollón, limpieza de los caños y realización de estangues para su recogida; la ampliación de los hoyos de los árboles para que cupiera más agua; la eliminación de toda la piedra menuda que había en la arboleda; y el agrandamiento y allanado de la Carrera del Camino de los Descalzos, una obra que les llevó más tiempo y requirió más hombres por las dificultades que ofrecían las piedras nacedizas y las arroyadas ocasionadas por el hontanar allí existente desde 1561; todo ello hacía intransitable el paso y suponía una amenaza para la alameda.

Tal fue la disposición de Diego de Mata que, ante el abandono de su correligionario, solicitó al concejo la concesión del empleo de guarda mediante escritura pública, acatando las condiciones a que estaba obligado el operario anterior, así como el salario convenido con aquel. De ese modo se trató y se aceptó el 27 de mayo²³.

A partir de entonces, su entrega y cometidos se intensificaron, y aunque se esmeró en el cuidado de los plantíos, su labor en lo concerniente a las

²³ AMAv, AACC, libro 16, 1581, 27 de mayo.

instalaciones y sistema hidráulicos fue trascendental. Con Julián López y otros, incluidos sus hijos, entre otras obras, agrandó y puso bocines en los estanques, tanto de San Antonio como del arca del Borbollón; y amplió también el que se encontraba junto a los arcos (acueducto) de Santa Ana —en este caso, ayudado por un peón italiano del que no se proporciona nombre—, formando una reguera desde esa balsa, por encima del humilladero allí existente, a fin de recoger toda el agua de las fuentes y dirigirla a la alameda. Para mayor eficacia, hicieron otro estanque más abajo²⁴.

Esa dedicación continua a los trabajos que iban encomendando los comisarios de la Planta se prolongó hasta 1592. De ese año, consta la reclamación que presentó a finales de enero de tres meses que se le debían (requerimientos que hubo de hacer en numerosas ocasiones ya desde julio de 1581, por el retraso, a veces de casi medio año, en pagarle). Pero también la comunicación de su fallecimiento por parte de Francisco del Peso Quiñones al Concejo el día 19 de diciembre, a fin de que se cubriera la plaza cuanto antes²5. En enero del año siguiente, se mandó librar a sus herederos la deuda de tres meses²6. No se sabe si correspondería a la reclamación interpuesta por el propio Mata, que se había resuelto pagar en sisa, o era un último atraso. Lo que sí conocemos es la ocupación de sus hijos en distintas tareas en la alameda. Alonso de Mata aparecía citado en trabajos junto a su padre desde el otoño de 1581, y tras la muerte de este debió quedarse como guarda de ella. Así se le menciona en el acta de la sesión de 29 de octubre de 1594²7.

Desde luego, junto a estos moriscos ejecutaron numerosas obras y servicios otros trabajadores locales. Son habituales en estos años los portes que Pedro del Gail el Zurdo, y en ocasiones su hijo, realizó primero con arbolado y después, sobre todo, con piedras y perpiaños de grandes dimensiones, para el agrandamiento de estanques, el del Borbollón y los otros de la arboleda. Igualmente, son apreciables las obras que hubo de acometer el cantero Pedro de Santamaría. Con Mata coincidió en el trabajo de la conducción de agua desde los arcos de Santa Ana a la alameda. En ese momento, Santamaría dispuso un buen canal bajo tierra con nueve perpiaños y catorce losas para su cubierta, a fin de guiarla desde ese estanque evitando de ese modo que el sitio se enlodase²⁸.

²⁴ AHPAv. Protocolo 40, fols. 498-498v. La obra de ampliación de esos depósitos y la conducción de aguas desde allí llevó casi todo el mes de agosto de 1581. Fue necesario que acudieran a ayudar todos los oficiales y peones que trabajaban en el monasterio de los Descalzos para derribar un berrueco del propio arroyo.

²⁵ AMAv, AACC, libro 19, 1592, 19 de diciembre.

²⁶ *Ibidem.* Libro 20, 1593, 19 de enero. En las actas no constan más pagos a lo largo de ese año 1592.

²⁷ *Ibidem.* Libro 21, 1594, 29 de octubre. La cita corresponde a la petición del saldo de una cuenta por parte de Alonso de Mata.

²⁸ AHPAv. Protocolo 40, fol. 499.

2.3. Segunda y tercera posturas de árboles

Desde la primera plantación, los principales cometidos se centraron en el acondicionamiento de la alameda y la distribución y adecuación de un buen sistema hidráulico para su riego. A medida que las aguas iban entrando convenientemente mediante conductos y regaderas, en la primavera de ese año de 1581, se vio la urgencia de agrandar los hoyos de los árboles, álamos en su mayor parte. Se había hecho acopio de una gran cantidad de ellos, así como de bardagueras (que plantaron Juan Gómez, Juan Vélez y otro peón); de tal modo que, ante ese contingente, en el mes de junio, Antonio de Valderas y Pedro Dávila del Águila mandaron acarrear desde allí a la Dehesa de Ávila, para poner en la ribera del río Adaja, doce carretadas de álamos blancos y seis de sauces y sauzgatillo que habían sobrado²⁹.

Pero, tras el verano, parte del arbolado de esa plantación primera se había secado. De nuevo, se encomendó a Juan de las Peñuelas que pagase y pusiese la segunda postura de árboles, una vez más de la alcabala de pan en grano que administraba y cobraba en el portal de la Alhóndiga³⁰. Diego de Mata, con otro peón, comenzó su reposición en octubre de ese año, a la par que se hizo cargo, junto a Bartolomé Jiménez y otros moriscos, de la abertura de hoyas y regaderas para el agua. Allanó, además, la calle alta.

Entre los dos últimos meses de 1581 y los primeros del año siguiente, llegaron a la alameda numerosos portes de árboles para reemplazar los perdidos. De El Barraco y de Navaluenga de los Pinares acarrearon varios vecinos sucesivas carretadas de distintas especies, como los alisos y fresnos que el barraqueño Francisco Baras plantó porque «los peones de acá no sabían cómo se avían de poner»³¹. Y Pedro del Gail volvió a por árboles a Albornillos. A su vez, Francisco de Riocavado Barrero, que ya había llevado el año anterior álamos sobrantes de la arboleda a la Dehesa de Ávila, transportó cuatrocientos serones de tierra, de los cuales la mitad se destinaron a la parte alta.

A lo largo del mes de febrero, Mata y su hijo, con Juan San Martín, Juan Martín, Diego Martín y otros, se encargaron de poner arbustos provenientes de varios lugares: diecisiete cargas de zarzas que llevaron dos vecinos de Brieva (Alonso Burguillo y Juan Martín); diez de bardagueras que, desde el soto de Diego de Bracamonte, trasegó el morisco Diego Martín; y otras tantas

²⁹ *Ibidem,* fols. 496v-497. Los portes de álamos los efectuó Francisco de Riocavado Barrero; y los de sauces y sauzgatillos, Roque Gómez y Toribio Martín.

³⁰ *Ibidem*, fol. 499.

³¹ *Ibidem,* fol. 501. Entre los fols. 501r-v, se cita no solo a Francisco Baras, sino también a otros que, en ese mes de noviembre, acarrearon árboles –Juan Baras y Pedro Muñoz, desde Barraco; Andrés Rodríguez y Antonio Izquierdo, desde Navaluenga– o intervinieron en otras tareas, como Juan Díaz y Cristóbal Díaz, que echaron la tierra llevada por Riocavado en la parte alta.

que acarrearon desde Palenciana, propiedad de don Luis de Guzmán, Felipe Jiménez, Isidro García, Juan y Pedro Jiménez de Vicolozano y Juan Martín de Brieva³².

Asimismo, se aumentaron las regaderas para facilitar la llegada del agua desde las Hervencias; se remató algún estanque, como el que acabó Pedro de Santamaría, comenzado por Juan López; ambos canteros instalaron y rehicieron bocines; y se limpió el caño por donde bajaba el agua de las Hervencias y del Borbollón, cegado a consecuencia de un fuerte aguacero³³.

Durante esa segunda postura de arbolado, no solo se solventaron problemas causados por la peculiar topografía, la climatología o incidencias imprevistas, también se afrontaron otros contratiempos curiosos. En octubre de 1581, Antonio de Cianca y el licenciado Brizuela hicieron diligencias para averiguar quién había cortado diecisiete árboles de la alameda; y unos meses después hubo que tapar un buen hoyo que cavó un hombre buscando un tesoro.

El 15 de octubre de 1582 se comenzó la tercera postura. De ella se encargaron Diego de Mata, ayudado por sus dos hijos, y otros moriscos (Marcos de Mendoza, Luis de Montaña y demás peones). Se plantó una buena cantidad de chopos y álamos negrillos, que se solicitaron al prior de Santo Tomás y a Pedro López, vecino de Navalmoral. De Santisteban, Cristóbal Sánchez trajo cincuenta arrayanes; y unas mujeres de Cardeñosa dos celemines de simientes de escaramujo, ruda, hinojo, trébol y eneldo del arroyo de San Juan de la Nava y otras partes³⁴. Se añadieron sucesivamente numerosas cargas de zarzas traídas de la finca de Palenciana, que trasladó Isidro García, vecino de Vicolozano, muchas de ellas para poner valladares como defensa de la arboleda: Luis de Montaña llevó madreselvas: un vecino de Palazuelos transportó estacas de sauce mimbre para la calle alineada en la parte de abajo; y el morisco Cazorla se hizo cargo de los portes de hierba romana y lirios para disponer en las regueras a fin de contener el agua y que no arrastrara la tierra³⁵. Continuaron plantándose chopos de Santo Tomás y de las Hervencias y, en febrero de 1583, Diego de Mata y Juan Gómez, mayordomo del marqués de Velada, dueño de la dehesa de Zurra, acudieron allí a buscar los árboles que faltaban, y que acarreó hasta la alameda Pedro del Gail. El propio regidor Francisco de Quiñones vendió cincuenta y cuatro árboles de su huerta³⁶.

³² Ibidem, fols. 502v-503.

³³ *Ibidem,* fols. 504-504v. Uno de los bocines que hubo que reponer se había caído el día del Corpus y había arroyado toda la alameda.

³⁴ *Ibidem,* fol. 505.

³⁵ *Ibidem,* fols. 506-507v.

³⁶ *Ibidem,* fols. 509-509v.

Pero no todo el trabajo requerido fue plantar; existían en la alameda problemas crónicos que cada cierto tiempo resultaban apremiantes, como la necesidad de arrancar piedras en la arboleda y en la calle principal de la Carrera de los Descalzos o de resolver las arroyadas que sobrevenían de vez en cuando³⁷. También se hizo una casa para la guardia del lugar, cuyo memorial de gastos presentó al Ayuntamiento el mayordomo de la ciudad Diego de Veleta³⁸.

La conservación de los caños procedentes de las Hervencias y de los estanques, tanto de ese punto como de la arboleda y de Santa Ana, y la reposición de arbolado fueron tareas incesantes. Juan de las Peñuelas comunicó de nuevo en los primeros días de 1584, la obligación de cortar los árboles secos. El regidor Quiñones se hizo cargo de su restablecimiento, que se llevó a cabo entre el 20 de enero y el 24 de marzo con un coste de 11 475 maravedíes³⁹. Poco después, Diego de Mata plantó sesenta álamos más. A lo largo de ese año y el siguiente, continuó la vigilancia y compostura de todo lo concerniente a la mejora de la alameda (renovación de arbolado, abertura y limpieza de caños y estanques, etc.).

La diligencia que en su plantación y conservación había puesto Peñuelas desde el comienzo se vio recompensada el dos de mayo de 1586 con el nombramiento de guarda mayor de la Planta de San Antonio, tras haber sido despedido como mayordomo de la ciudad. En la sesión correspondiente se reconocía la conveniencia de que continuara a su cargo para su mantenimiento y ampliación⁴⁰.

Como, a la sazón, ya se comenzaron a construir fuentes artísticas, también se cuidaron los accesos a la arboleda. En noviembre de 1589, el concejo confió al regidor Ochoa de Aguirre la colocación de plantas silvestres en la calle que desde el monasterio de San Francisco conducía a la alameda⁴¹

3. LA CONSTRUCCIÓN DE FUENTES ARTÍSTICAS

En 1583, el Concejo solicitó, bajo acuerdo de los estados eclesiástico y civil, al rey Felipe II poder gastar sesenta mil maravedíes, que estaban en poder de Roque de Ávila de una sisa del vino por menudo, en la construcción de una fuente para la Alameda de San Antonio. Alonso de Vallejo, escribano de Cámara de su majestad, con la avenencia del Consejo Real, envió carta y provisión desde la villa de Madrid, con dicha licencia el 19 de septiembre de ese año⁴².

³⁷ *Ibidem,* fol. 510. Pedro de Santamaría colocó perpiaños en unas cárcavas que anegaban todo, reforzando el estanque que recogía el agua de las Hervencias con una pared de piedra seca.

³⁸ AMAv, AACC, Libro 17, 1583.

³⁹ *Ibidem*, 7 de enero y 8 de mayo de 1584. Y AHPAv. Protocolo 40, fol. 511v.

⁴⁰ *Ibidem,* 3 de mayo de 1586.

⁴¹ AMAv. AACC. Libro 19, 21 de noviembre.

⁴² AHPAv. Protocolo 34. Notario Pedro Téllez, fols. 614-614v.

La fuente se proyectó para la Carrera de los Descalzos, en la propia ribera del Camino, y efectuó la traza el maestro cantero Francisco Martín, uno de los arquitectos más activos en la ciudad, que además había intervenido en la construcción de la iglesia de San Antonio⁴³. Pedro Téllez recogió las condiciones con que habría de realizar la obra el experto que de ella se encargase, que quedaba obligado a pagar el trabajo que el maestro había ejecutado hasta ese momento, además de cincuenta reales por el proyecto y disposiciones. Estas se referían al tratamiento de las zanjas de la hontanilla existente, la instalación de paredoncillos y losas que protegieran surcos y conductos del agua; y a la obra del paredón, con sus medidas, materiales y forma, así como las de la pila de la fuente. Todo el edificio habría de quedar bien nivelado, con el zócalo, pilastras, entrantes y salientes y relieves, tal como estaba en el boceto⁴⁴. La fuente, aparte de añadir un elemento artístico a la alameda y al camino que la delimitaba al norte, resolvió los problemas que con anterioridad había generado el hontanar, que quedó así bien canalizado y aprovechado.

El dibujo conservado en el Archivo Histórico de Ávila⁴⁵, revela la unidad estilística con la fachada de la iglesia de San Antonio, que había rematado el mismo Francisco Martín, con la colocación sobre el frontón de las bolas escurialenses de la traza de Pedro de Tolosa, autor del proyecto íntegro del monasterio. Ese motivo se repite en la fuente de forma casi idéntica. En el centro del tímpano decorativo de esta, dispuso el escudo de la ciudad (en el de la iglesia de los Descalzos, se incorporó el de los Águila). Debajo de él, una cabeza de león sobre una ménsula abría su boca para dejar brotar el agua que vertía en una pila ovalada⁴⁶. A ambos lados de la testa del animal, hallamos en el dibujo sendas cartelas con inscripciones, aunque estas van tachadas: «ACABOSE ESTA OVRA EN FIN DEL MES DE ABRIL DEL AÑO 1585», y «SIENDO CORREGIDOR EL ILLE SEÑOR MELHOR PEREZ DE TORRES». No sabemos si en realidad figuraron esas leyendas en la fuente alzada, pero nos proporcionan datos de interés. En efecto, el día 3 de mayo de 1585, se libraron a favor de Francisco Martín por este trabajo diez mil maravedíes.

Es muy probable que la presencia de la cabeza de león diera pie a la denominación de fuente del Mascarón, que mencionan estudios posteriores.

⁴³ Fue uno de los canteros responsables de su ejecución que, en todo momento, siguió el proyecto que había realizado Pedro de Tolosa. La actividad de F. Martín, desde su formación con Francisco de Arellano, ha sido estudiada por López Fernández, María Teresa (1984: 52-54) y López Fernández, María Isabel (2018: 133-136).

⁴⁴ AHPAv. Protocolo 34. Notario Pedro Téllez, fols. 616-617. Las condiciones las ha transcrito López Fernández, María Teresa (1984: 178-180).

⁴⁵ *Ibidem*, fol. 618.

⁴⁶ El empleo de la cabeza de león como surtidor de fuentes está bien documentado ya en la Grecia arcaica. Hasta nosotros han llegado modelos de terracota del siglo VI a. C. con ese uso y se sabe que en una de las primeras fuentes de Atenas el agua salía de la boca de nueve leones de bronce.

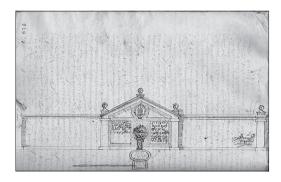


Fig. 1. Dibujo de la fuente del Camino de los Descalzos. Francisco Martín. Fuente: AHPAv. Protocolos Notariales 34, fol. 618.

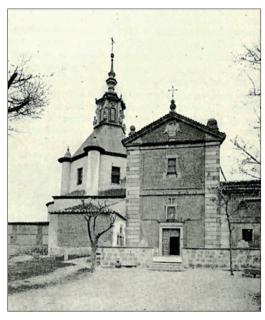


Fig. 2. Ávila. Convento de San Antonio. Foto anónima, h. 1930. Fotografía: Archivo José Luis Pajares.

En 1587, el corregidor Alonso de Cárcamo concertó con el entallador Andrés López⁴⁷ otra fuente, la más vistosa de todas y la única que permanece en su lugar de origen. El escultor se obligaba a hacer una sierpe de piedra sobre una roca nacediza por encima de la fuente del Caño Dorado (sobre la que no he hallado otro testimonio), hacia el monasterio. La obra exigía barrenar a fin de encañar el agua del estanque próximo y fabricar una arqueta de piedra que facilitara el paso del agua a la sierpe, conduciéndola de forma que saliera por su boca. Se comprometía a labrar una pila para recoger el agua vertida y a finalizar el trabajo el día de San Miguel de ese año. En virtud de la carta de

⁴⁷ Como he citado en el apartado 2.1, este escultor abulense se hizo cargo, junto a Gerónimo Rodríguez, de la tasación del retablo mayor de la iglesia de Candeleda.

obligación aceptaba el pago de ochocientos reales por la obra, cuatrocientos al comienzo, doscientos a la mitad del trabajo y el resto al finalizarlo⁴⁸.

La fuente debió ser entregada en tiempo, pero la pila de piedra no debió tener suficiente cabida puesto que en octubre de 1590 se encargó a Francisco Martín realizar un nuevo pilón y estanque, aovado y bien labrado, como estaba el anterior. Debía medir veintiún pies de ancho y treinta de largo e ir bien enlosado, conforme a la traza⁴⁹.

Al final de ese año, el Consistorio acordó que se pintara la figura de la Sierpe. El 5 de diciembre presentó su postura de condiciones el pintor abulense Diego de Rosales. Por ella, accedía a pintar dicha figura y el escudo de armas de la ciudad, con colores al óleo y a satisfacción del regidor comisionado para ello, Sancho Cimbrón. Pedía por la obra completa quinientos reales, con cantidades aplazadas (doscientos, al inicio; ciento cincuenta a la mitad y el resto, a su término). Añadía el compromiso, como tercera condición,

que dentro de año y medio, como la dicha sierpe fuere acabada y estuviere para poderle echar el agua, me obligo a que si se dice pintar alguna cosa della y del dicho escudo a mi costa, la aderezare y pintare todo aquello que de la sierpe y escudo faltare, dando fianças para ello⁵⁰.

De nuevo, se incorporó a los trabajos de la alameda otro de los artistas locales que destacaron en la segunda mitad del siglo, y muy vinculado a sus artífices⁵¹.

No obstante, el día 7 de ese mes, el pintor Yuste González, también de Ávila, ofreció sus condiciones, de acuerdo con las de Rosales, pero ajustando el coste en cuarenta y dos ducados (algo más de cuatrocientos sesenta y dos reales)⁵². A pesar de ello, fue Diego de Rosales quien firmó la escritura

⁴⁸ AHPAv. Protocolo 36. Notario Pedro Téllez, fols. 385-386. Carta de obligación firmada por Andrés López el 26 de agosto de 1587.

⁴⁹ AHPAv. Protocolo 40, fols. 859-860v. Dicha traza no se conserva. AMAv. AACC. Libro 19, 23 de octubre de 1590, en esa sesión se autorizó la libranza de la colocación de dicho pilón.

⁵⁰ AHPAv. Protocolo 532. Notario Jerónimo Calderón, fol. 609.

Parece que la confusión que siempre rodeó la figura de Diego de Rosales, derivada de la presencia de dos estilos diferentes bajo el mismo nombre, se acrecienta con esta obra. Una vez resuelta la ambigüedad al determinarse la existencia de Diego de Rosales padre e hijo, encontramos que los historiadores del arte que han estudiado documentos en torno a este último consideran finalizada su actividad en 1579, aun ignorándose la fecha de su muerte. Suponiendo que nuestro pintor de la Sierpe fuera este Diego de Rosales el Joven hemos de relacionarlo con Jerónimo de Ávila. Se sabe que, desde la década de los 60 del siglo XVI, ambos colaboraron en varias obras. Los dos tasaron el retablo de Honquilana (Valladolid) y pintaron en 1572, junto a Gabriel de Rosales, hijo de Diego, los retablos de San Pablo y de Santa Catalina de la iglesia de San Pedro de la capital abulense. Además, ese mismo año, Diego actuó de testamentario y albacea del entallador Jerónimo Rodríguez, medidor de la Planta de San Antonio, según hizo constar este en su carta de testamento (Parrado, 1981: 515).

⁵² AHPAv. Protocolo 532. Notario Jerónimo Calderón, fol. 610. Yuste González era hijo y nieto de pintores, Toribio y Francisco González, respectivamente. A lo largo de su vida profesional, coincidió

de obligación para ese trabajo el día 14. Con él signaron, como fiadores y principales pagadores, el pintor Gerónimo Alviz y Carlos del Águila, entallador, vecinos de la ciudad⁵³.

No he hallado más noticias al respecto hasta 1593 en que el Consistorio encargó al regidor Pedro de Henao que acompañase al alcalde mayor «y juntos hagan adornar de pintura la Sierpe del pilón de la Alameda de San Antonio y para ello se vea el asiento questa hecho con Rosales, pintor»⁵⁴.

A falta de imágenes coetáneas, trascribo la bien conocida descripción que el padre Ariz realizó de esta fuente, asombro de Felipe III y Margarita de Austria en su visita a la ciudad en 1600:

Estaba en medio del camino, y cerca del monasterio, un peñasco muy grande, en el qual con mucho trabajo, y particular ingenio, se labró una gran sierpe, tan natural, que a la primera vista causa espanto. Porque se le dieron las colores, y escamas, al olio, con mucho primor. Varrenose este peñasco de parte a parte, de manera que las aguas de un estanque, van por dentro de ella, y recogidas en sí, las arroja con gran ímpetu, por la boca, ojos y oýdos, haciendo con ellas muy hermosos caños, y arcos de agua, que caen dentro de un ovado estanque, bien labrado, a donde esta metida la sierpe, enroscada la cola, y pecho en alto, como que se baña. Siendo como es, una de las curiosas fuentes artificiales, que se saben en España, y en quien los reyes pusieron los ojos quando entraron en la Ciudad. Y así, con el cuidado que un jardinero tiene (puesto por la Ciudad), se conservan las fuentes y la arboleda (Ariz, [1607], 1978: 113).



Fig. 3. Fuente de la Sierpe en la actualidad. Fotografía: Sonsoles Nieto, 2021

con Rosales en tasaciones y encargos; incluso, tasó el retablo de la iglesia de Flores de Ávila, pintado por aquel, una de las obras más importantes de su producción.

⁵³ *Ibidem,* fols. 611-612v.

⁵⁴ AMAv. AACC. Libro 20, 27 de marzo de 1593.

Sonsoles Nieto Caldeiro

La presencia en la fuente de esta figura monstruosa revela la erudición humanista de la nobleza abulense y los artistas locales. Dragones y serpientes, conceptos fusionados en la tradición grecolatina⁵⁵, son símbolos ancestrales presentes en los relatos más antiguos. Asociada a deidades y cultos ctónicos, la serpiente significa la fertilidad, la regeneración, el inframundo. En su identificación con el dragón, está vinculada a los ríos y fuentes⁵⁶ y así ocupó un lugar de privilegio en los jardines del Cinquecento.

Se refería Ariz en la última frase al cuidado que un jardinero tenía de la alameda y de sus fuentes. Efectivamente, la ciudad se esmeró en todo lo concerniente a la Arboleda de San Antonio, a pesar del gasto excesivo y de los problemas, incluso judiciales, que fueron surgiendo. Tras el trabajo desempeñado por Diego de Mata, quien estuvo al frente de su custodia y conservación hasta 1592, las sesiones del Consistorio mencionaban pagos a Alonso de Mata; a Juan de Alcaide (por encañar agua y realizar algún otro trabajo); y a Pedro Jiménez, vecino de Ávila, que en mayo de 1595 juró el cargo de guarda de la alameda, con la obligación de regar día y noche en verano y con poder, incluso, para apresar a quien provocase daños en ella⁵⁷.

En cuanto a la vigilancia de las fuentes, de su tutela y reparo, al menos desde 1586, se encontraba el fontanero de la ciudad Lucas Dávila. Este tuvo que subsanar contratiempos de diversa índole que provocaban daños en los conductos. Como el perjuicio que llegaron a ocasionar las raíces de un moral de la huerta de Luis de Guillamas, junto a los Descalzos, que penetraban en las cañerías e impedían pasar el agua hacia la fuente, con el peligro que ello suponía además para la salud general⁵⁸.

Ante la falta de dibujos que revelen la disposición y número de calles y de fuentes en la alameda, la interpretación de los documentos resulta ardua. Desconocemos a qué dos fuentes se refiere el acuerdo del Ayuntamiento que instaba a su reparación en octubre de 1592. Por supuesto, del cuidado y arreglo de todas ellas estaba encargado Lucas Dávila. Así, se decidió

se reparen las dos fuentes de la Alameda de San Antonio, que es la grande y la chica de enfrente. Y asimismo se aclare el agua y caño que viene a la fuente de

⁵⁵ Entre los numerosos autores que han tratado sobre la simbología de la serpiente (o el dragón) destaco el trabajo realizado por Farias Martínez como tesis doctoral, bajo el título *Animales en las fuentes árabes y referencias en fuentes griegas*.

⁵⁶ Esta relación está bien expresada en la mitología griega, en el relato de la gran serpiente/ dragón, Pitón, que custodia la fuente de Castalia situada en el monte Parnaso, el manantial sagrado de vapores adivinatorios, hábitat de ninfas y dioses.

⁵⁷ AMAv. AACC. Libro 21, 27 de mayo de 1595. Se contemplaba la pena de cuatro reales menos el día que faltare y se le hizo una casilla para pasar la noche. De su seguimiento se encargó Francisco de Soria, regidor delegado de la alameda ese año.

⁵⁸ AMAv. AACC. Libro 19, 30 de septiembre de 1589. En esa junta se delegó en Francisco de Quiñones la gestión de contactar con Guillamas a fin de obtener su autorización para cortar de raíz el moral.

la Sierpe y caños que faltan en ella. Lo cual se pague de propios de fuentes y lo pague Roque Dávila por libranza de don Alonso Navarro a quien se comete para haga hacer el dicho reparo. Y lo de la Sierpe se cometió a Francisco del Peso y Quiñones para que haga lo que a esta fuente tocare, y se pague por la misma orden de los dichos propios. Y acabado, se traiga la razón de lo gastado [...]⁵⁹.

Mucho se había trabajado y gastado en la infraestructura hidráulica para hacer llegar el agua hasta la planta. Sin embargo, la fuente de la Sierpe, aunque aportó un componente ornamental moderno, curioso e impactante, precisó de más caudal y nuevas canalizaciones. De hecho, en 1589, se recurrió a un ingeniero de El Escorial con el fin de que viera el nuevo manadero que habría de surtir a la fuente y su mecanismo de chorros⁶⁰.

Una vez más, el nuevo manantial se encontraba en las Hervencias. Pero en esta ocasión, ese servicio de aguas supuso un conflicto para el Ayuntamiento. A partir del año siguiente, y hasta 1594-1595, este estuvo inmerso en un fatigoso proceso judicial con Ana de Acuña, esposa de Diego del Águila, propietarios de la dehesa de Prado Cercado, donde se encontraba.

No era la primera vez que la ciudad se enfrentaba a esta familia. Ya en 1512, Nuño González del Águila (junto a Gonzalo Briceño) interpuso un pleito «por los daños que rescibían e esperaban rescibir en sus heredamientos e huertos que poseían en la Fervencias con el facer de las acequias e cauces e caños e carcavas por donde avía de venir el agua que agora se trae a la cibdad»⁶¹ (Mayoral: 1958:72). Y Diego del Águila y Velasco, su hijo y suegro de Ana de Acuña, siguió sus pasos en otro litigio contra el concejo por el abastecimiento de aguas a las fuentes del Mercado Chico, del Mercado Grande y de la puerta de San Vicente (Ferrer, 2020: 130).

En noviembre de 1590, la causa se hallaba en apelación en Madrid, y de allí la habían devuelto a Ávila para que se dirigiera a Valladolid⁶². En enero de 1592 Pedro Téllez comunicó una provisión de la Real Chancillería de esa ciudad para acudir en seguimiento del pleito⁶³, y algo después llegó una carta del licenciado Juan Triviño Guillamas, de la ciudad pucelana, indicando que el asunto había llegado a sus manos. Al litigio se dedicaron sesiones ordinarias y extraordinarias. Se pidió copia de la querella para realizar la averiguación jurídica correspondiente. Y Alonso Navarro, como dueño de los pleitos de ese

⁵⁹ *Ibidem*, 13 de octubre de 1592, fol. 213v.

⁶⁰ *Ibidem*,24 de octubre de 1589. Se encomendó al regidor Vela Núñez la libranza de los veinticuatro reales que había que pagar a los dos peones que acudieron a El Escorial.

⁶¹ Es el momento de la traída de aguas a las fuentes de la ciudad, de las que se encargó Juan de Secadura, quien informó sobre la conveniencia de esa procedencia y planeó su recorrido.

⁶² AMAv. AACC. Libro 19, 3 de noviembre. En esa sesión se dio cuenta de estas acciones y se confió a Pedro del Águila, regidor encargado de los pleitos ese año, tratar con los letrados lo que habría de hacerse.

⁶³ *Ibidem.* Libro 20, 4 enero de 1592.

año, y Francisco de Torres, procurador de causas de Ávila, realizaron sucesivos viajes a Valladolid⁶⁴.

En 1593, Navarro continuó con los desplazamientos para seguir el estado del proceso, informando de los autos, de las posibles visitas de algún oidor a la ciudad, de la recomendación de enviar consultas a Madrid, etc. En las gestiones también se implicó a favor del Ayuntamiento Pedro de Henao. Todos los gastos que ese trasiego ocasionó, incluida la retribución a los letrados de ambas capitales, los costeó Roque de Ávila, mayordomo de Propios y Fuentes⁶⁵. Al fin, hubo que compensar a Ana de Acuña. En junio de 1595, reclamó al Consistorio, como tutora de don Diego Gabriel del Águila, su hijo, la libranza de siete mil maravedíes que se le debían, conforme a la carta de obligación que tenía por el agua de Prado Cercado que la ciudad había tomado para la planta de San Antonio⁶⁶.

4. EPÍLOGO ABIERTO

Hasta aquí la historia de la formación de la Alameda de San Antonio desde la decisión de su establecimiento hasta culminar el siglo XVI, aproximadamente veinte años después. La alameda y sus fuentes habían sido motivo de admiración y orgullo para los abulenses, como se advierte en Antonio de Cianca o en Luis de Ariz; también objeto de asombro para los reyes. Pero no se remató con el siglo. El trabajo de investigación concluye aquí, aunque con la puerta abierta a una futura fase de búsqueda y estudio, que queda esbozada con la aportación de algún dato más que revela la siguiente etapa de su construcción.

En 1608, el entonces corregidor Juan B. de Elejalde puso todo su empeño en la conservación y esplendor de esa alameda. Ante el escribano Vicente González Álvarez dio cuenta a la ciudad de la insuficiencia de agua para el riego y para el buen funcionamiento de las fuentes, sobre todo de la Sierpe. De nuevo, se hacía necesario buscar un manantial que la surtiera y se encomendó a Sancho Cimbrón la promoción de la obra necesaria para resolverlo⁶⁷. En agosto, reunido el Ayuntamiento quedó claro que su interés se dirigía no solo a conservarla, también a engrandecerla: «que se busque agua para la Sierpe y se encañe y se haga una balsa para regar la planta. Asimismo, para alargar la arboleda y hacer otras cosas de adorno en la dicha planta [...]»⁶⁸.

⁶⁴ Ibidem. Estas noticias están tomadas de las sesiones de los días 4, 8 y 18 de julio de ese año.

⁶⁵ *Ibidem,* 20 y 23 de marzo de 1593.

⁶⁶ *Ibidem,* Libro 21, 20 de junio, fol. 179v.

⁶⁷ AHPAv. Protocolo 655. Notario Vicente González Álvarez. 1608, 5 de enero, fols. 878-879.

⁶⁸ AMAv. AACC. Libro 29, 2 de agosto de 1608. Se apuntó en la sesión como un cometido de Elejalde y Cimbrón.

El nuevo manadero se halló en las Hervencias bajas y el 20 de marzo de 1609 Cristóbal del Peral y Juan Gómez firmaron la carta de obligación para realizar la obra hidráulica comprometida (acequia, encañado, etc.)⁶⁹. En la junta consistorial del día 26

el señor corregidor dijo que habiendo propuesto a la ciudad las obras que se van haciendo en el Alameda de Sant Antonio en compañía del señor don Sancho Zimbrón de cómo sería de utilidad della y de rrecreación de los vecinos el encañar el agua, la ciudad tiene de pagar censo al señor don Diego del Águila en quinientos ducados, con los oficiales que la han de encañar a toda costa y habiendo tratado de las mejorías de la área adonde se recoge toda el agua que viene a la Sierpe, acordó de pagarles las demasías [...]. Y habiendo propuesto que del remanente del agua de la Sierpe se agan tres o cuatro fuentes para el adorno de esta ciudad [...] por ser en tanta utilidad y probecho desta ciudad y rrefresco de la gente della. Y se paguen de sobras de alcabalas deste año por ser obra pública, excepto el señor Diego del Águila, que dijo que de lo hecho y que se hiciere no pueda parar perjuicio a su md. ni a su mayorazgo ni sus sucesores en él⁷⁰.

No habían transcurrido dos meses cuando se presentó la traza para una nueva fuente que iría en la entrada de la alameda, en la calle de arriba. Los señores Elejalde y Cimbrón firmaron las condiciones en que habría de hacerse el 11 de mayo, ante el notario Vicente González, considerando minuciosamente, como es habitual en estos procesos, los requisitos técnicos, elementos materiales, medidas de los componentes que la formaban, etc. De la obra de encañado, embetunado, revocado de cal y demás se encargaría Lucas Dávila por ciento cuarenta ducados, con el compromiso de que la fuente corriera en un mes⁷¹. Según el dibujo, la fuente la componía un amplio pilón, sin molduras, en cuyo centro se alzaba un esbelto soporte compuesto que sostenía una pila. De ella brotaban dos copiosos caños laterales que vertían el aqua al estanque v otro surtidor en la parte superior. del que ignoramos su altura y volumen.

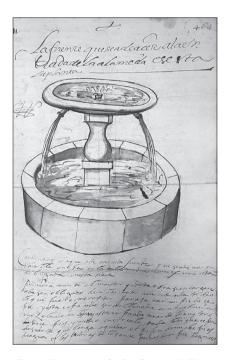


Fig. 4. Fuente de Caño Gordo (¿?), levantada en la entrada de la alameda, en la calle de arriba. Fuente: AHPAv. Protocolo 656, 1609, fol. 464.

⁶⁹ AHPAv. Protocolo 656. Notario Vicente González Álvarez. 1609, 20 de marzo, fol. 230.

⁷⁰ AMAv. Libro 29, 26 de marzo de 1609, fol. 208.

AHPAv. Protocolo 656. Notario Vicente González Álvarez, 11 de mayo de 1609, fols. 464-465.

Quizá sea esta la Fuente de Caño Gordo, a la que se refiere la documentación posterior. Su forma es sencilla, muy similar a las reproducidas en cuadros españoles del momento.

Aún quedan lagunas por cubrir, dudas por dirimir y, sobre todo, mucho trabajo para ofrecer una historia completa de la Alameda de San Antonio, una de las primeras plantadas en España, que reunió en su formación a artistas notables de la capital abulense y que, en sus cuidados y conservación, nos ha descubierto la ocupación de un porcentaje nada desdeñable de una parte de los pecheros de Ávila, la población morisca.

BIBLIOGRAFÍA

- Albardonedo Freire, Antonio (1998). Las trazas y construcción de la Alameda de Hércules. *Laboratorio de Arte: Revista del Departamento de Historia del Arte*, 11, pp. 135-165.
- Casares Porcel, Manuel y Tito Rojo, José (2010). El Generalife después de la expulsión de los moriscos. En *Actas del Simposio Nobleza y monarquía:* los linajes nobiliarios en el Reino de Granada, siglos XV-XIX. Granada: Asociación Cultural Raigadas, pp. 429-453.
- Cianca, Antonio de [1595] (1993). Historia de la vida, invención, milagros y translación de San Segundo, primero obispo de Ávila. Ávila: Institución Gran Duque de Alba: Caja de Ahorros de Ávila.
- Farias Martínez, Estefanía (2008). *Animales en las fuentes árabes y referencias en fuentes griegas*. Tesis doctoral. Universidad de Granada. En https://digibug.ugr.es/handle/10481/1924.
- Ferrer García, Félix A. (2020). Fiscalidad del Estado y hacienda municipal en Ávila durante los siglos XV y XVI (1474-1598). Ávila: Institución Gran Duque de Alba: Caja de Ahorros de Ávila.
- López Fernández, M.ª Teresa (1984). *Arquitectura civil del siglo XVI en Ávila*. Ávila: Caja de Ahorros y Préstamos de Ávila.
- López Fernández, M.ª Isabel (2018). La arquitectura del siglo XVI en Ávila. La Casa de Bracamonte y el patrimonio abulense. Ávila: Institución Gran Duque de Alba: Diputación Provincial de Ávila.
- Lorenzo Pinar, Francisco Javier e Izquierdo Misiego, José Ignacio (2002). Términos redondos y despoblamientos en Ávila al inicio de la Edad Moderna. Aproximación histórica. *Studia Zamorensia*, 6, pp. 255-270.
- Martín García, Gonzalo (2009). Resumen de actas del Concejo de Ávila, Tomo I (1501-1521). Ávila: Institución Gran Duque de Alba de la Excma.

- Diputación Provincial de Ávila : Obra Cultural de la Caja de Ahorros de Ávila.
- Martín González, Juan José (1979). El convento de S. José de Ávila (patronos y obras de arte). *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología (BSAA)*, 45, pp. 349-376.
- Mayoral Fernández, José (1958). *El municipio de Ávila. Estudios históricos*. Ávila: Senén Martín.
- Merino Álvarez, Abelardo (1926). La sociedad abulense durante el siglo XVI. La nobleza. Discurso leído ante la Real Academia de la Historia en su recepción pública el 11 de abril de 1926. Madrid: Imprenta del Patronato de Huérfanos de los Cuerpos de Intendencia e Intervención Militares.
- Moreno Blanco, Raimundo (2017). Historia, evolución constructiva y decoración del convento de San Antonio de Ávila. En Actas del X Congreso Nacional y II Congreso Internacional Hispanoamericano de Historia de la Construcción. Donostia-San Sebastián: Sociedad Española de Historia de la Construcción, pp. 1085-1094.
- Parrado del Olmo, Jesús María (1981). Los escultores seguidores de Berruguete en Ávila. Ávila: Obra Social y Cultural de la Caja Central de Ahorros y Préstamos de Ávila.
- Parrado del Olmo, Jesús María (1984). Sobre escultura abulense del siglo XVI. Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología (BSAA), 50, pp. 273-298.
- Paya, Laurent (2014). Les alamedas de l'empire espagnol durant la Renaissance: un ensemble singulier et cohérent de Promenades arborées. En *Cornucopia-Le Verger*, *Bouquet V*, número dedicado a «La péninsule ibérique et le monde (1470-1640)». Revista electrónica en línea http://www.cornucopia16.com/a-le-verger-revue-en-ligne/le-verger-bouquets/jan-vier-2014-laurent-paya/.
- Pindado Tapia, Marta (2016). El oficio de pintor en la ciudad de Ávila en el siglo XVII. *Tiempos modernos*, 32, pp. 150-177.
- Quadrado, José María (1884). España: sus monumentos y artes. Su naturaleza e historia. Tomo 3: Salamanca, Ávila, Segovia. Versión digital (1999). Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Recuperado de: https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcw9545.
- Ruiz Hernando, José Antonio (1982). *Historia del urbanismo en la ciudad de Segovia del siglo XII al XIX*. Segovia: Excma. Diputación Provincial de Segovia: Excmo. Ayuntamiento de Segovia, tomo I.

Sonsoles Nieto Caldeiro

- San Antonio, Juan de (1728). Franciscos Descalzos en Castilla la Vieja. Chrónica de la Santa provincia de San Pablo de la más estrecha regular observancia de N.S.P.S. Francisco. Salamanca: Imprenta de la Santa Cruz.
- Tapia Sánchez, Serafín de (1984). Estructura ocupacional de Ávila en el siglo XVI. En *El pasado histórico de Castilla y León, vol. II: Edad Moderna.* Salamanca: Junta de Castilla y León.
- Tapia Sánchez, Serafín de (1984). Las fuentes demográficas y el potencial humano de Ávila en el siglo XVI. *Cuadernos Abulenses*, 2, pp. 31-88.
- Tapia Sánchez, Serafín de (2017). La población de la ciudad y de las zonas rurales de la provincia. En *Historia de Ávila, VI. Edad Moderna (siglos XVI-XVIII, 2.ª parte)*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba de la Excma. Diputación de Ávila: Fundación Caja de Ávla.
- Vázquez García, Francisco (2007). El retablo mayor de la iglesia de Candeleda (Ávila). *Trasierra: boletín de la Sociedad de Estudios del Valle del Tiétar*, 6, pp. 287-296.
- Vázquez García, Francisco (2018). La iglesia de Gotarrendura (Ávila). *Cuadernos Abulenses*, 47, pp. 161-190.